

Suscripciones de Madrid
y venta de números.

Plaza de Matute, 2.

EL CASCABEL

Dirección.

Calle de Serrano, núm. 82.
Barrio de Salamanca.



SEIS PESETAS AL AÑO EN MADRID.
NÚMERO DEL DÍA DOS CUARTOS.

MADRID 28 DE MARZO DE 1875.

SIETE PESETAS AL AÑO EN PROVINCIAS.
NÚMERO ATRASADO: MEDIO REAL.

ADMINISTRACION: PLAZA DE MATUTE, NÚM. 2, LIBRERÍA: MADRID.

COSAS DEL DIA.

—¿De dónde bueno, D. Serapio!

—Hombre, vengo de divertirme en grande. Nunca he oído tan sabrosos chistes en los Bufos.

—Pues si esta semana no hay teatros.

—¿Qué teatros ni qué berengenas?... Vengo de un círculo carlista, donde me ha faltado poco para reventar de risa. Estaban hablando de Cabrera.

—¿Y qué decían?

—Las cosas más graciosas. Uno de ellos, empleado que fué durante el reinado de Doña Isabel II, decía muy serio que la inconsecuencia de Cabrera le daba náuseas, y que él conocía á quien le habia entregado á Cabrera no sé cuantos miles de duros.

—¿Qué barbaridad! Precisamente lo que más de sobra tiene Cabrera es el dinero. ¿Y qué más decían?

—Un cantonal que ahora se ha hecho carlista, aseguraba que Cabrera nunca ha sido valiente, y que si él hubiera dirigido la campaña, los carlistas habrían sido deshechos; por lo cual es una felicidad para el partido, que ya no puede esperar la cooperacion de Cabrera.

—Tambien eso es peregrino.

—Pues otro apunte que allí estaba ha leído una exposicion que dirige á D. Carlos, pidiendo que inmediatamente se reuna Consejo de guerra en Estella que condene á muerte á D. Ramon Cabrera, á Cánovas, á Mac-Mabon, al emperador de Alemania, á Escobar y á todos los españoles y extranjeros que no sean carlistas.

—¿Canario! ¡qué ferocidad!

—La exposicion acaba de esta manera: «Señor, quedando solos en el mundo V. M. y sus amigos, el mundo quedará medio arreglado, y arreglado del todo cuando se haga despues un expurgo entre los mismos carlistas.»

—¡Hombre! es lástima que no se publique ese documento.

—Un señor que allí estaba, reflexivo y meditabundo, exclamaba de vez en cuando:

—Eso es cosa de los ingleses, nadie me lo quita de la cabeza.

—¡Hombre!

—Y tambien piensa dirigir una súplica á D. Carlos para que en triunfando aquí su ejército, que será cosa de quince dias, ó ménos, se forme una division al mando de D. Pascual Cucala, que vaya á declarar la guerra á Inglaterra, y otra, al mando del cura Flix, ó de Flix, que vaya con las mismas intenciones á Alemania, pidiendo treinta millones de tales (ó thalers) y la cabeza de Bismarck.

—Verdaderamente que no sé cómo ha podido usted oír seriamente tales desatinos.

—Otro individuo, chiquitin y lácio y enclenque, decía, dando puñadas sobre la mesa: «En viniendo Cabrera á Madrid, ningun carlista debe mirarle á la cara.»

—¡Terrible venganza! ¿Cómo se atreverá Cabrera á venir sabiendo lo que ha propuesto ese carlista?

—Figúrese Vd. Parece que Cabrera está aterrado desde que lo ha sabido. Por supuesto que todos convenian en que ahora era más seguro que nunca el triunfo, y todos cuentan con que este verano no habrá en España ni un sombrero, porque todo el mundo llevará de real órden boina con una C. y un VII.

—¿Y no han dicho nada del Papa?

—Sí; uno ha dicho que no les hace falta el apoyo del Papa, teniendo, como esperan, el auxilio de una gran partida de federales que se les va á reunir la semana que viene. En fin, amigo mio, es imposible que refiera á Vd. todos los dislates, despropósitos y atrocidades que han dicho para disimular su despecho.

—El derecho del pataleo no se les puede negar.

—Los carlistas que tienen sentido comun, ya les tiene Vd. bien persuadidos de que están verdes. Cabrera ha dado el golpe de gracia á una causa á la que solo debe España miseria, luto y vergüenza.

—Ya es tiempo de que la paz nos permita reparar, en lo posible, los desastres causados por la ambicion de un hombre que ni siquiera ha sabido apreciar los

sacrificios que por él han hecho sus mismos partidarios.

—¿Sabe Vd. lo que le digo, D. Mateo?

—En cuanto Vd. me lo diga lo sabré.

—Pues digo que radicales, constitucionales y republicanos deben seguir el alto ejemplo de patriotismo que ha dado Cabrera.

—Yo creo que ya debian haberlo hecho, publicandó cada partido de esos un manifiesto que viniera á decir en pocas palabras lo siguiente: —«Confesamos que hemos sido unos botarates, por no decir otra cosa, y que nos pesa de todo corazon haber hecho tanto daño á nuestra patria. Que Dios nos perdone y que nos olvide la historia, como dice Castelar.»

—Verdaderamente que eso deberian haber hecho ya todos los revolucionarios, desde Topete hasta Rubau Donadeu.

—Lo bueno que tiene el asunto es que habiendo buen Gobierno en España, los revolucionarios de todas categorias tendrian que tentarse mucho la ropa antes de emprender nuevas aventuras.

—A propósito de Gobierno: creo que el Sr. Cánovas merece la gratitud de la patria, porque á él le vamos á deber en parte la paz, que al fin ha de venir, aunque otra cosa digan los federales y los carlistas de poco más ó ménos.

—Mucho lo celebraré, y no escasearé mis aplausos al Sr. Cánovas, que ya está demostrando que es un hombre que lo entiende.

—La calumnia comienza á morderle grandemente.

—Eso prueba que el hombre tiene voluntad y energía y talento, y así tenga todas las cualidades que se necesitan para regenerar estas perversas costumbres políticas y dar á cada uno su merecido.

—Estoy aburrido.

—¿Por qué?

—Porque este mes tengo que dar de mi paga 1.000 reales que he pedido prestados.

—¡Hombre! ¿qué extremos son esos?

—Mira, ha sido para ejercitar una de las virtudes.

—¿Cuál?

—La caridad. Recibí veinticinco invitaciones de hermosísimas señoras que pedian en diferentes iglesias y á cada una le he largado dos duros.

—Veinticinco sonrisas te habrán valido.

—¡Lástima que con ellas no pueda pagar á mi acreedor!

—¿Qué opina Vd., D. Rafael? ¿Se acabará la guerra? Usted, que es tan carlista, debe saberlo.

—Sí, señor, me parece que por ahora se acabará, porque crea Vd. que D. Carlos no reúne las condiciones necesarias para vencer; pero en teniendo treinta ó cuarenta años su hijo D. Jaime, que ahora tiene un año ó dos, verá Vd. cómo lo arrollamos todo. Ese sí que manifiesta buenas disposiciones en su corta edad.

—Entonces ya no se llamarán Vds. carlistas.

—No, señor, nos llamaremos jaimistas, y no habrá quien pueda con nosotros.

—¿Ha pedido Vd. este año para los pobres, apreciablesísima doña Rosa?

—Sí, señor, yo siempre pido. Hemos pedido juntas mi hija y yo.

—¿Habrá Vd. sacado mucho?

—Sí, señor, he sacado un novio para mi hija; buen partido; le acaban de nombrar secretario de un gobierno.

—¿Va Vd. al correo?

—Sí, señor; á llevar esta carta para Cabrera.

—¿Es amigo de Vd.?

—No, señor; pero como su intervencion patriótica vendrá á dar por resultado la paz, le escribo suplicándole se digne intervenir tambien en mi casa, á ver si nos pone en paz á mi suegra, á mi mujer, á mis cuñados y á mí.

—Vea Vd. qué anuncio de un peluquero.

—A ver.

—«El cráneo muchas veces vuélvese infructífero á causa de descuido.»

—¿Y qué me cuenta Vd. con eso?

—Que debe aludir el peluquero á los cráneos revolucionarios y carlistas.

—En efecto, la indirecta es trasparente.

—Ya vi á Vd. el otro dia pidiendo en San Ginés, bellísima amiga.

—¡Ah, pícaro, y no me echó Vd. ni cinco duros siquiera!

—¡Oh! pero le eché á Vd. unos ojos....

CARTA Á CABRERA.

Señor Don Ramon Cabrera, ¡hombre! me ha gustado usted, y en llegando usted á la corte una visita le haré.

Entretanto, en estas letras le mando con gran placer por su bizarra conducta el más cordial parabien.

Don Ramon, usted es un hombre que vale mucho, si á fe, un buen español que quiere solo de su patria el bien, que con dolor en el alma la está viendo perecer, y no quiere que perezca patria que tan grande fué, y que, si sus hijos quieren, aun puede volverlo á ser.

Dice usted bien á fe mia, antes que Don Carlos es Dios que la guerra condena y que no puede querer que quien á España asesina llegue á ser de España rey.

Don Ramon, si usted ha leído este modesto papel, habrá visto que hace poco, cuando Dios permitió que viniera el Rey Don Alfonso, fué el primero EL CASCABEL, que dijo: —«Alfonso es la paz.»

¡Y vaya si lo ha de ser! aunque no quieran los malos españoles, que no ven más patria que el propio medro, y en esa guerra cruel satisfacen sus rencores y suelen su agosto hacer.

La paz es el Rey Alfonso, la paz ha de darnos él... Rey dichoso, que sus manos limpias de sangre las vé, que á sus mismos enemigos los brazos vino á tender, que es el único en la patria que jamás culpable fué, ese es el Rey de los buenos, el de los hombres de bien, el Rey de los que trabajan y cumplen con su deber y piensan que de la patria segura salvacion es trabajar por ella todos con voluntad y con fé.

Usted á todos da ejemplo que debemos aprender de firmeza y patriotismo, y si antes valiente y fiel luchó usted por una idea, cuando llega á conocer que esa idea es un pretexto con que hombres sin Dios ni ley

19 JUL 2310

en hondo abismo de males hacen á España caer, se abraza usted á la bandera de nuestro querido Rey, que á todos los españoles unidos los quiere ver, y no quiere que le teman sino que le quieran bien.]

Don Ramon, usted me gusta, ¡vamos! que me gusta usted, y lo que es Don Carlos sétimo, ya puede pronto volver á Gratz, si así le parece y sino á Gratz, á Vevy, y estarse allí en paz, si puede, que no la podrá tener el que lleva en la conciencia la gran pesadumbre de tanta sangre derramada estérilmente por él.

A dios, Don Ramon amigo, que lo pase usted muy bien, y viva usted muchos años y mire en EL CASCABEL á un amigo que le estima y es un servidor de usted.

Cuando venga usted á la Côte una visita le haré para decirle: «Salero, hizo usted muy rebien.» Y si alguien rabia, que rabie y se cuelgue de un cordel.

Antes, cuando se temía que se iba á armar el belen solia decir la gente:

«Aquí ya está visto que un Don Ramon hace falta lo mimito que comer,» aludiendo á Don Ramon Narvaez, que con aquel nadie se andaba con juegos, que era muy templado á fé. Otro Don Ramon templado vamos por fin á tener.

Yo me alegro mucho, mucho, á ver si al fin de una vez acabamos en España de acribillarnos la piel, y viven en paz los buenos, y á los malos que les dé la justicia en un presidio lo que merezcan. Amen.

C. FRONTAURA.

RECUERDOS DE MI LUGAR.

En el camino de Compostela, que pisan tantos peregrinos y por donde pasan tantos escolares, existe una iglesia, de erguido campanario y de modestísima apariencia. Rodea á la casa de Dios un hermoso prado, que produce en el mes de San Juan finísima yerba, y tiene por constante atalaya un molino, movido por la rápida corriente de aguas cristalinas.

La iglesia y su correspondiente campanario se divisan al llegar á los altos de Arenteiro, en la carretera de Orense á Santiago. A un lado y á otro, equidistantes entre sí, se encuentran las parroquias de Louzado, Barran y Carballeda. La elevación del terreno, la pendiente de las cuestas, la abundancia de las aguas, lo bajo de la temperatura y el verdor de los maíces durante la cañicula decañan al viajero que se halla en plena montaña y en medio de gente laboradora. Una fábrica de papel, la labor del campo y la industria ganadera sirven de ocupación habitual á millares de familias que pasan la vida en constante invierno.

En aquel país las costumbres de sus habitantes son morigeradas, las creencias reflejo fiel del sentimiento católico y las riquezas completamente desconocidas. Allí todos son propietarios, ya del suelo, ya del arbolado, ya del usufructo de la tierra; todos disfrutan de la casa paterna, todos recojen el fruto de su trabajo, y, sin embargo, nadie tiene más que lo necesario, lo absolutamente indispensable para sostener la pobreza.

¡Dichoso país que, sin dinero, sin fortuna y sin protección es modelo de orden y de sensatez! ¡Dichoso país que trabaja para vivir y vive para trabajar!

Hallabase el que estas líneas escribe en el átrio de la iglesia de Torrezuela contemplando el vistoso panorama que desde allí se descubre y viendo la numerosa caravana de gentes que por caminos, senderos y veredas se aproximaba al lugar de la romería, porque es de advertir que en Galicia las fiestas populares son siempre festividades eminentemente religiosas. Interin la campana anunciaba á los fieles el santo sacrificio de la misa, sostuvo con algunos aldeanos, de antiguo conocidos y de siempre respetados, inocente y provechosa conversacion. Preguntáronme por las novedades de la capital de España, á la que califican frínicamente de Babilonia, y por sus habitantes, á quienes consideran millonarios, y luego que hubo terminado la conferencia al aire libre, empecé la lectura en alta voz de un libro español, pequeño por su volú-

men pero grande por el pensamiento. Aquel libro, que suelo llevar á mano en los viajes para solaz de la inteligencia, interesó de tal modo á los oyentes que todos á una me preguntaron ¿quién ha escrito eso? ¿Debe ser hombre de pluma?

—Pues el autor, les dije, es un habitante de Madrid, de esa Babilonia, como Vds. le califican.

—Señor ¿será posible?

—Y tan posible.

—Pero ¿es posible que quien escriba tales libros viva en un pueblo que consume todas nuestras contribuciones y que por sus locuras políticas se pierden nuestros hijos?

—Ni es axiomático que Madrid gaste los tesoros de la nacion ni las locuras de gran parte de sus habitantes llevan al matadero á la juventud de nuestras provincias.

—¡Ay! señor. Todos dicen que allá nadie trabaja y que todos viven sin trabajar.

—Vivirán algunos centenares, porque la gente holgazana, viciosa y parlanchina, abunda en tierra española, pero la mayoría del vecindario quisiera, á buen seguro, disfrutar de la tranquilidad y de las honradas comodidades que se observan en estas aldeas.

—¡Si nos abrasan con tributos y recargos! No sacamos para malcomer, con perdon de Vd.

—A pesar de esto, un labrador es la personificación viva del trabajo, de la virtud, de la paciencia, de la resignacion.

—Pero sírvase Vd. repetir la lectura de esos versos, que tan bien describen al labrador con sus eternas angustias y sus risueñas esperanzas.

—¡Con que les gustan á Vds. los versitos de ese habitante de Madrid?

—Por Dios, repítalos Vd. con ese tono solemne y esa claridad que da á la lectura.

—Pues bien, volveré á recitar lo que Vds. desean, pero debo advertirles que la composicion es de D. Antonio de Trueba, y forma parte como las anteriormente leídas del *Libro de los cantares*.

—¡Trueba! ¡Trueba! ¡Trueba! Decían unos, pronunciaban otros, repetían todos. ¡Silencio! ¡Atencion! añadió el más anciano, que frisa hoy en los noventa años. ¡Lea Vd.! ¡Empiece Vd.! piden con impaciencia los más jóvenes; ¡chis! ¡chis! se oía alrededor.

Sentados en unas piedras del atrio, frente á la puerta de la iglesia parroquial, di comienzo á la segunda lectura del lindísimo cantar de Trueba, con voz pausada, alegre fisonomía y acento melodioso, teniendo por oyentes y espectadores hasta cincuenta aldeanos que, locos de satisfaccion, se preparaban á saborear nuevamente el gracejo, el ingenio y el donaire de nuestro trovador.

Decía así el Sr. Trueba (La concurrencia no perdía ni una sílaba; todo era oídos para escuchar al lector):

Al despuntar una hermosa
mañanita de San Juan,
toma el labrador sus hozes
y alegre á sus campos vá
después de haber dado
un beso de paz
á su mujer y á sus hijos
que á su dormiditos están.
Conforme camina, dice,
lleno de felicidad:

—¡Trigo de mis campos
que hermoso estarás!
y al verte en nuestras paueras
como el sol de Dios entrar,
mi esposa y mis hijos
¿cómo reirán!

—¡Siga Vd.! ¡Continúe Vd.! me decían.
—Seguiremos... vamos allá:

Llega el labrador al campo
donde su esperanza está,
y en vez de mieses doradas
halla abrojos nada mas,
que lluvias, vientos y nieblas
han malogrado su afán;
y torna á su casa el pobre
diciendo al toruar:

—Paneritas de mi alma,
ya vino el señor San Juan;
si vacías os encuentra,
vacías os dejará!

Y al veros vacías
de trigo caudal,
mi esposa y mis hijos
¿cómo llorarán!

—¡Y la otra que habla de la ordenanza militar?

—La otra... se leerá tambien. ¡Orden! ¡Atencion! ¡Silencio! Unos momentos de pausa... Basta de comentarios.

—Prosiga Vd. que pronto va á comenzar el rosario, pues estamos ya en el segundo toque y se dispone el sacristan á que se oiga el tercero.

—Allá vá.

—¡Oiga usted, señor recluta!

—Mi sargento, mande usted.

—En cuanto oye la retreta,

pensando que no le ven,

se va usted del campamento

y vuelve al amanecer.

Diga usted, señor recluta,

¿á dónde se marcha usted?

Perdone usted, mi sargento,

que no lo volveré á hacer...

—Señor recluta, cuidado

con escaparse otra vez,

¡porque como yo lo sepa

no lo pasará muy bien!

—Está muy bien, mi sargento;

pero ha de saber usted,

que allá abajo, en aquel pueblo

que en la llanura se vé,

hay una chica morena

con una sal y un aquél...

—Silencio, señor recluta,
¡que se insubordina usted!
¿qué tienen que ver las chicas?...
—¡Pues no han de tener que ver!
El día que cai quinto
adoró mi calañes
con una escarapelita,
llorando á más no poder...
—Pues es preciso olvidarla,
señor recluta.

—¡Por qué?

—Porque solo su bandera
el soldado ha de querer,
porque el soldado ha de estar
donde la bandera esté.
¡Lo manda así la Ordenanza
y es preciso obedecer!

—¡Qué despierto y qué hombre de pluma debe ser ese Sr. Trueba, dijo con cierta inocente envidia el de mayor edad! ¡Pero qué poco leídos somos nosotros! repuso un gallardo mancebo de la reunion. ¡O que non ten estudios vive no mundo sin saber á que pasa ne!; é como o ceguinho que anda de porta en porta sin conocer as boas almas é sin admirar os trabalhos do Criador feitos sin pau é sin pedra! añadió un aprendiz de lector público...

—¡Que ha empezado el Rosario! anuncian todos.

—¡Adios, señores. Entremos en la iglesia.

—Dígale Vd. al Sr. Trueba, cuando Vd. regrese á Madrid, que por Dios no se malee en aquel pueblo; que no se pierda con los vicios de la capital de España; que siga queriendo á los aldeanos, que trabajan sin descanso para los gastadores públicos. Y no deje de enviarnos un ejemplar del libro.

—Trueba no puede echarse á perder porque ha pasado de la edad de niño. Es feliz con su casita blanca en el valle y con su *allisima* habitacion en la corte; vive satisfecho con su honrada pobreza, porque escribe lo que siente, siente lo que dice, y dice lo que le parece cuerdo, sin presiones ajenas y sin someterse á indignos vasallajes. No tiene riquezas, como le pasa al autor de estas líneas y á quince millones más de españoles, pero esa ausencia de fortuna, que Dios sabe perfectamente lo que se ha hecho, evita sinsabores... metálicos... y pesadumbres.

—Que Dios conserve á Vd. y al Sr. Trueba; oigamos la misa consagrada al lector y al autor del *Libro de los cantares*, dijo al despedirse en el vestíbulo de la iglesia el más anciano.

—Muchas gracias en nombre de ambos.

De esta conversacion, club ó lectura, agrícola-literaria da testimonio en letras de imprenta, porque sus ocupaciones no le permiten hacerlo de palabra, uno de los más desinteresados admiradores del talento, de las virtudes y de la laboriosidad de Antonio de Trueba.

MODESTO FERNANDEZ Y GONZALEZ.

Madrid 16 de Marzo.

LOS OJOS NEGROS.

I.

Cuando aún los aires mecian
del vals los últimos ecos,
cruzó la reina del baile
como una nube de incienso.

De sus labios y sus galas
risa y joyas confundiendo,
brillaba... con ese frio
resplandor de los luceros.

Parece un lirio su rostro,
en una aurora de invierno,
conservado entre cristales,
y pálido por enfermo.

De galanes rodeada
dá favores ó desprecios,
mas no pasa de su traje
el calor de sus afectos.

Estos juran humillarla,
infundirla amor aquéllos,
porque brote en su hermosura
la luz de los sentimientos.

Va el corazon apretado
por la nieve de su seno:
es una estatua que adornan
impasibles ojos negros.

II.

La tarde está silenciosa,
embriagado gime el viento;
vagan por el infinito
las nubes y los recuerdos.

La soledad es santuario
de los dolores secretos,
y á una solitaria vega
fuí á hablar con mis recuerdos.

..... Está una mujer sentada
donde es más triste el silencio,
con la modestia en el traje,
con una niña en el pecho.

Marchita ya, como un lirio
en una tarde de invierno;
era la reina del baile
sin amantes ni aderezos.

Al cruzar nuestras miradas,
vi una lágrima de fuego,
que rodaba hasta sus labios
haciendo amargos sus besos.

¡Qué rasgos tan elocuentes
grabó en aquel rostro el tiempo!
¡qué de angustia destellaban
sus rasgados ojos negros!

III.

Asolada está la villa,
por el contagio funesto;
no hay casa donde no se oiga
una oración por un muerto.

Al pasar ante la reja
de un solitario aposento,
he visto cuatro blandones
con un cadáver en medio.

Ajado está como un lirio
en una noche de invierno;
y hay una niña que llora
abrazada al frío cuerpo.

Sola está porque no tiene
la desgracia compañeros,
y los hijos de la culpa
pasan por el mundo huérfanos.

En las facciones que besa
de aquel rostro cadavérico,
hay señales de una lucha
entre la tierra y el cielo.

¡Qué profunda es la mirada
del postrer remordimiento!
¡dos abismos parecían
sus vidriados ojos negros!

J. CABIEDES.

PIDO LA PALABRA!

(PARA UNA CUESTION PERSONAL).

...Y como ningún otro ora-
dor me ha precedido en di-
cha petición, empiezo desde
luego.

Hace días que mi modesto
y oscuro nombre viene cor-
riendo por los periódicos, á
consecuencia de una reco-
mendación circular hecha á
los mismos, para la inserción
de una noticia. No traté de
examinar la importancia de
esta, ni tal puede ser mi ob-
jeto; pero la carta en que se
recomendaba es aprócrifa,
mi firma ha sido groseramen-
te suplantada y calumniada
mi ortografía.

Ahora bien, ¿cuál puede
ser el origen de semejante
delito? ¿Existirá en Madrid
alguna sociedad anónima que
utilizando malas artes pueda
alcanzar beneficios positivos
á la sombra de la prensa pe-
riódica.

Recordaré algunos antecede-
ntes, por si acaso constituya-
ran el hilo del ovillo.

Durante muchos años he
estado consagrado al perio-
dismo, casi siempre de confe-
ccionador, y en tal concepto
llegaron á fijar mi atención
unas noticias que periódica-
mente llegaban por el correo
acompañadas de su corres-
pondiente carta, en la cual se
veía un membrete en seco con
el título de algún periódico de

los que no suelen publicar más que un número. En dicha carta, que firmaba como *compañero* en la prensa, un ciudadano cualquiera, se recomendaba el próximo nombramiento de D. Fulano para determinado cargo, el magnífico té dado en sus salones por don Mengano, la boda concertada entre doña Zutanita tan conocida en la buena sociedad, con el joven escritor D. Perengano, etc., etc. Alguna vez tratando de examinar la certeza de la noticia, solo averigüé que don Fulano, á quien indirectamente se recomendaba para un destino, había sido privado del suyo por un desfalco; que los salones de D. Mengano se reducían á un sotabanco mal esterado con medio rollo de la blanca, y que doña Zutanita era tan desconocida en la alta sociedad como su novio D. Perengano en el campo de las letras.

Una vez supe, por el mismo anónimo conducto, que había muerto en una aldea un afamadísimo compositor músico, y aun cuando no había llegado hasta mí el eco de las trompetas de su fama,—por cuya razón no inserté el anuncio,—lo ví más tarde en casi todos los diarios de Madrid.

Andando el tiempo pude averiguar el desinterés con que alguna persona ó sociedad se ocupaba en estos asuntos, pues dirigiendo *La Gaceta popular* recibí la noticia de otro fallecimiento ocurrido en un pueblo, á cuya noticia acompañaban veinticuatro reales en sellos, *importe*,—decía el remitente,—de la publicación, con arreglo á lo que llevaban los periódicos de Madrid.

Entonces comprendí todo el mérito del maestro compositor, de cuyo fallecimiento no había querido yo dar cuenta al respetable público.

Por la misma época estuvieron también muy en boga los volantes timbrados, reclamando números de periódicos. Como en ellos se indicaba ser para otros diarios, el espíritu de compañerismo hacia servir semejantes pedidos, hasta que la insistencia de los peticionarios, hizo pensar en la posibilidad de un fraude.

Este mientras tanto, seguía impunemente su marcha; y si los archivos y contadurías de los teatros conservasen ciertos documentos podrían servir de mucho para el esclarecimiento de este asunto.

La procazidad llegó á tal extremo, que al entrar una noche en el teatro del Príncipe el revisero de la citada *Gaceta popular*, encontró ocupada su butaca, y



El Descendimiento.

Lámina dibujada por el ilustre pintor D. Carlos Luis de Ribera.

al hacer constar su derecho, le fué disputado breve rato por el individuo en cuestión, hasta que, cambiando de dictamen, desapareció en el primer entreacto. El escritor verdadero, preguntó en Contaduría la causa de aquella usurpación, y pudo ver, con gran asombro, una tarjeta, en que detrás de un nombre; que no era el suyo, se decía con litográfica sanfre fría: *Revisero dramático de la Gaceta popular*.

Recuerdo también que una mañana entró en el despacho del director-proprietario de un célebre periódico ilustrado de Madrid, un honradísimo comerciante, solicitando hablarle, con gran insistencia.

—¿En qué puedo servir á Vd...? preguntó el director.

—Mi objeto es muy natural; vengo á que me diga usted cuándo piensa publicar mi retrato y biografía.

—Caballero, como no tengo el honor....

—Es verdad; pero como ya entregué hace seis meses mi fotografía, pagando los quinientos reales que usted me reclamó....

—Caballero, no siga Vd. adelante. Usted ha sido indudablemente víctima de una estafa, pues yo no he encargado á nadie semejante comision.

—Dispense Vd. la molestia, y mándeme lo que guste. Soy X... comerciante de ultramarinos en la calle de tal.

El pobre industrial, que había pensado sin duda pasar á la posteridad, pudo convencerse de que ni siquiera servía para defender su hacienda contra las asechanzas de un estafador.

No sé si los industriales que há poco tiempo sacaban libros de algunos comercios, con la firma falsificada del conde de Toreno, podrán relacionarse con los autores de las hazañas relatadas; pero lo que no cabe duda es que los seudo-redactores de periódicos imaginarios, los que solicitaban bombos y artículos necrológicos, los que pedían números de periódicos vivos, tomando el nombre de otros muertos, son los mismos que han tenido la bondad de fingir cartas mías, pidiendo en nombre de mi padre político,—que no existe,—la inserción de sueltos relativos á incompatibilidades de funcionarios.

Yo agradezco en el alma la cortesía con que muchos periodistas se han apresurado á insertar lo que juzgaban recomendado por mí; pero creo del caso advertir que en lo sucesivo, y ya que en las redacciones

no puedan tener un par de guardias civiles en la antecámara para dar el «quién vive» á los falsificadores, será muy conveniente que todo el que mande un suelto á un periódico le acompañe con la cédula de vecindad y la firma de alguna casa de comercio.

Antes de terminar estas líneas debo dirigir dos palabras á la zelosa autoridad de la provincia:

Sr. Elduayen: ¿no le parece á V. E. que los que tales artes ejercen merecen ser clasificados entre los *tomadores*, *enterradores*, *timadores*, *espaldas* y otros industriales análogos? No le parece á V. E. que redundaría en beneficio de todos los hombres honrados cuanto se hiciera para descubrir y castigar á los que así procuran el desprestigio de la prensa?

El caso concreto que motiva este artículo supone muy poco ciertamente; pero el procedimiento se presta á mayores y más trascendentales abusos, y por eso me he decidido á darle publicidad.

M. OSSORIO Y BERNARD.

CASCABELES.

Mucho agradece el director de EL CASCABEL, que lo es también de *Los Niños*, los elogios que de esta publicación hacen *La Época*, *El Imparcial*, *La Política*, *La Correspondencia*, *El Tiempo*, *El Diario Español*, *El Popular*, *El Correo de Madrid* y otros periódicos.

En la publicación de *Los Niños*, ha invertido cuanto tenía su director, luchando con las terribles circunstancias por que ha atravesado el país en estos últimos años, perdiendo infinidad de números y paquetes en las provincias invadidas por la guerra, sin más apoyo oficial que la insignificante adquisición de 100 ejemplares por el Ministerio de Fomento, con el 25 por 100 de rebaja, apoyo que no sabemos si ahora se nos seguirá dispensando, pues el Ministerio no ha tomado todavía los tomos 9 y 10, publicados el año anterior. Un editor, que no fuera escritor, habría minado el mundo para obtener más protección en favor de tan útil publicación, ó la habría abandonado, dedicándose á

publicar libros *verdes*, que tienen más éxito. Nos otros, persuadidos, aunque sea inmodestia, de que hacemos un bien á la infancia y á los padres de familia, seguimos luchando y haciendo sacrificios, con la esperanza de que algún día se nos haga justicia. Si lo conseguimos buenamente, lo celebraremos; si no lo conseguimos, nos quedará la satisfacción de haber hecho lo que nadie hace; haber trabajado desinteresadamente por la instrucción de la generación que ha de sucedernos.

Reciban todos los periódicos que recomiendan *Los Niños* á sus lectores, la más viva expresión de nuestro agradecimiento.

El día de San José—hubo manifestación—en Roma, porque era el día—del conocido señor—de Garibaldi, que dicen—que allí es un hombre de pró.—El hombre estuvo tan hueco—y al ver aquella ovación,—dicen que el hombre, hasta un hombre—de importancia se creyó.—Allí faltaron Pi, el célebre,—traductore de Proudhon—y Figueras el sensible,—y Roque Bárcia, el atroz;—y en fin, el grandilocuente—filósofo Salmeron,—y Suñer y Capdevila—que le llama de tú á Dios.

Al saber que Cabrera no es carlista—un soponcio le ha dado á D. Bautista.—Por eso digo yo que está mal hecho—tomar algunas cosas tan á pecho.

El conocido editor de música D. Nicolás Toledo acaba de ser nombrado proveedor de la Real casa. Felicítanos sinceramente al Sr. Toledo por tan honrosa distinción.

En su acreditado almacén de música acaba de poner á la venta dos preciosas polkas, editadas esmeradamente por dicho señor y originales del Sr. Blasco. Se titulan *Ingrata* y *Flor de lis*, y ambas están llamadas á obtener gran éxito.

Lo que se debe exigir á la empresa del tram-vía es lo siguiente:
Que encargue á los cobradores y conductores que

no permitan más personas que las que caben cómodamente.

Que no toleren que vaya nadie en los estribos, pues además de haber peligro para los que van en ese sitio, incomodan mucho á las personas que bajan de los carruajes, sobre todo á las señoras.

Que los coches paren cuando alguien suba ó baje, y no sigan hasta despues de haber subido ó bajado las personas que suban ó bajen.

La empresa del tram-vía hace un gran servicio al vecindario, pero es preciso que procure tambien toda la mayor comodidad al público y evite las desgracias de que ya ha habido algunos ejemplos.

Tambien seria una mejora digna de aplauso que á cada persona, al subir al carruaje, se le diera un número de EL CASCABEL para distraerse honestamente.

La Correspondencia, La Patria y otros periódicos han copiado el artículo *El Poeta ciego*, sin citar su origen. Conste que EL CASCABEL fué el primer periódico en que se publicó ese artículo en favor de un desgraciado escritor ciego, notabilísimo poeta, que vive en Orense, en bien poco halagüeña situación.

En el barrio de la Prosperidad ha sido descubierta una fábrica de moneda falsa.

Fueron los monederos á buscar la prosperidad y han dado en el Saladero.

Tambien hay sus peligros en la prosperidad.

Y así podia seguir haciendo reflexiones hasta el día del juicio.

La Iberia dice que el partido constitucional mantiene y sustenta los derechos y libertades que consigna la Constitución de 1869, hecha por los revolucionarios.

Ya te contentarás con tres pesetas.

La Epoca acaba de publicar una preciosísima novela de mi querido Trueba, titulada *La redención de un cautivo*. Creemos que esta obra se publicará en un tomo. Por su intencion sana y buena, como sucede siempre con las obras de Trueba, por la novedad y grandeza de su pensamiento, y por su encantador estilo, esta obra es una de las mejores del celebrado autor de *El libro de los cantares*.

Ya vino *El Siglo Futuro*,—que parece que no es bobo,—tambien ha salido *El Globo*,—que hará suerte de seguro.—*El Becerro* va á salir.—luego *La Publicidad*,—y *La Familia*. En verdad—que ya no hay más que pedir.—Y si no hay ilustración—y otras cosas que yo sé,—no será por falta de—papeles en la nacion.

Me parece que las empresas de los teatros pequeños podian haber seguido el ejemplo de las de los teatros principales que no han dado funciones en la Semana Santa, respetando una antigua y piadosa costumbre.

Tambien creemos que deberia el Gobierno prohibir en absoluto, como ya se prohibió en otro tiempo, que se pusieran en escena obras dramáticas en que se presente la Pasion de Jesucristo.

Los vecinos de la calle de Goya, en mi barrio, se quejan, con razon, de lo que afea tan hermosa calle aquella casuca saliente. A ver si se quita pronto ese estorbo.

Creo yo que ahora seria ocasion, puesto que se están haciendo algunas cosas buenas, de quitar el nombre grosero de Carretas á la calle que así se llama, poniendola el glorioso de Mendez Nuñez, como ya se propuso por el Sr. Linares y otros vecinos de la misma. Esto no cuesta nada y serábien visto por todo el mundo.

LINARES, ÓPTICO.

CALLE DE CARRETAS, NUM. 3.

Gafas y lentes con cristales de roca del núm. 5 al 100, serrados al eje, desde 40 rs. Se hace ver por medio de un aparato científico para este objeto la verdadera y legitima clase de estos cristales de roca.

Gafas de oro con cristales de roca iguales á los anteriores, á 100 rs.

IMPRESA DE EL CASCABEL: Cid, núm. 4. (Recoletos.)



LOS NIÑOS

REVISTA DE EDUCACION Y RECREO
DIRIGIDA POR
D. CÁRLOS FRONTAURA

Todos los padres de familia deben suscribir á LOS NIÑOS á sus hijos.

Un año en Madrid 40 reales.
" " en provincias 50 "
Por seis meses 22 y 28 respectivamente.

Dirigirse á la Administacion de EL CASCABEL, plaza de Matute, núm. 2, librería.
Las suscripciones de provincias con su importe, deben dirigirse á D. C. Frontaura, Serrano, 82, Madrid.